

lismo, Lorenzo será siempre el generoso y desinteresado guía que ha iluminado con su potente foco intelectual, el camino que conduce a la emancipación, a cuya meta se halla la Anarquía.

Anselmo Lorenzo, bien ganado tienes el sincero homenaje que hoy te tributan tus discípulos y amigos, tus compañeros de lucha, tus hermanos en ideas.

Con perseverancia poco común, tú supiste crearte un nombre que la generación actual pronuncia con singular respeto y el que las generaciones venideras lo recordarán con veneración exenta de toda idolatría.

Tú, con tu pluma, templada como las nuestras, pero la tuya mejor, en la horrible fragua del dolor que produce el conocimiento de grandiosas injusticias, has sabido luchar y herir de muerte durante el largo período de más de medio siglo al numeroso ejército de desalmados que, valiéndose de la materia prima que les da la tiranía y sus leyes, consiguieron forjar la pesada cadena que tiene aherrrojada a la mayoría de la humanidad.

Tú, con tu pluma, has enseñado a los anarquistas y a los rebeldes a conocer los grados de perversión de los que definen la ley, demostrando de una manera inconcusa que tras el legislador se ve siempre al inmundo carcelero, al guardia civil, al policía arrastrándose por el fango de sus vilezas para alcanzar el premio, la traición, la delación y todos los vicios y maldades que con manto protector cubre la ley.

Amante siempre de la verdad y partidario de la luz, con los gavilanes de tu valiente pluma conseguiste en titánica contienda rasgar, en parte, el tupido cendal tras el cual el enemigo, cauto y cruel ocultaba, de tiempo inmemorial, para que el pueblo no las viese, las innumerables y hediondas úlceras que durante siglos corroen las entrañas de la corrupta sociedad capitalista, y por tu esfuerzo y el de otros el moderno paría pudo, al conocer gangrena tanta, darse cabal cuenta de la enormidad del cáncer que le aniquila y a la extirpación total de tan tremendo azote dedica todos sus esfuerzos, ayudado por ti, que en tan magna empresa pusiste toda tu vida, tus mejores energías físico-intelectivas.

Heraldo de la libertad, esforzado paladín de la igualdad económica e infatigable propagandista de la total emancipación humana, así en el orden político como en el económico y religioso, con tu bien templada pluma supiste proceder —cual si tu pluma fuese poderosa palanqueta— a forzar la dorada puerta del gabinete del potentado, del sabio y del farsante político, y diste a conocer a explotadores y tiranos el inmenso caudal de ira que el proletariado mundial tiene reconcentrado en su pecho, las ansias que éste siente de redimirse por su propio esfuerzo aunque para conseguirlo haya de destruir cuanto tiene construido, y la sana rebeldía que de día en día crece como poderosa ola engendrada por el proceloso océano de indignación que le ahoga.

Con tu pluma, bien guiada por la luz de tu fecundo cerebro, penetraste en el obscuro taller, en la infecta fábrica, en el campo y gañanía, en el buque y en la peligrosa mina, y a las numerosas huestes de esclavos que en las ergástulas de la producción iracundos luchan y protestan contra la vil explotación les diste ánimo y aliento para continuar la lucha a la vez que les dejabas el más amplio conocimiento de su verdadera fuerza y de sus derechos como productores y como hombres.

Sí, tu pluma, unas veces mojada en líquido rojo cual si fuera sangre proletaria vertida en el cadalso o en la pelea, y negra otra, supo siempre ejercer de piqueta demolidora de todo lo arcaico e inhumano, sin arredrarte jamás las consecuencias que de tal labor podrían emerger. Y supo más, supo abrir y planear anchurosa vía en el antes inaccesible Himalaya de la emancipación y liberación humanas, pero tan ancha, suave y expedita la dejaste, que ya es sólo cuestión de circunstancias el que los esclavos del capitalismo se decidan a recorrerla sin detenerse hasta llegar a la cúspide, sin que por ningún concepto haya de repetirse el caso mitológico del pobre Sisifo.

Y el día que el esclavo moderno se decida y llegue a la cúspide del Himalaya de su liberación, un poderoso foco eléctrico de potencia incalculable colocará en la meta, y a sus fulgores, los pueblos emancipados buscarán los nombres de los precursores de su dicha para grabarlos en mármoles y bronce, y entonces hallarán, entre la inmensa pléyade de los que en el mundo fueron esforzados defensores de la Verdad, la Justicia y la Libertad, el de nuestro querido amigo, fecundo escritor, bondadoso maestro e infatigable propagandista de los ideales de redención, del ideal anarquista, Anselmo Lorenzo.

!!

Para terminar

Con el plausible fin de que todos sepan y conozcan quién y qué fué, en vida, el inolvidable Anselmo Lorenzo, yo, que le traté y le quise como hermano (siendo por él siempre correspondido), puedo afirmar que:

Siempre fué su dios, la Ciencia;
la Razón, su consejera;
su patria, la tierra entera;
el juez, su propia conciencia.
Su norma fué diligencia
y su escudo la Verdad:
él amó a la humanidad
sin razas, sectas ni clases,
y luchó por dar las bases
a la Nueva Sociedad.

Constancio Romeo

La Coruña, 26-XII-1914.



Característica

Vigoroso en el pensar y sobrio en el decir ha sido el vulgarizador más excelente y acertado del ideal libertario no sólo en España, sino en el extranjero, en donde la intelectualidad busca y lee con avidez sus obras admirables.

Formado en la lucha, poeta nativo, autodidacto, equilibrado y ecuánime, pudiera vanagloriarse de haber conquistado más voluntades que cualquier genio de la tribuna.

Sentía la revolución y la predicaba sin palabras gruesas y sin necios desplantes.

Sentía el ideal y lo vivía sin ostentaciones teatrales.

Lo aclamó el pueblo y siguió viviendo de su honrado trabajo manual, a pesar de que la Naturaleza iba apagando la luz de sus ojos.

Cualquiera claudicación hubiera rodeado de comodidades su vejez; pero él ha preferido la honrada miseria, y en la miseria labró su nombre, que ha de pronunciarse con respeto dentro de veinte siglos.

Durante su vida, a nadie hizo daño, ni aun se paró a discutir con los que, decididos a explotar en su provecho el ideal libertario, combatieron al varón austero que defendía la miel de moscas con el huracán del ejemplo.

La personalidad de Anselmo Lorenzo ha sido respetada y estimada por la intelectualidad española; tan sólo Maura y Cierva se atrevieron a hollar sus canas incluyéndolo en aquellas listas oficiosas de proscritos que se formaron cuando la semana trágica.

Y el patriarca sufrió resignado su destierro, sin exhalar una queja y sin llamar a la puerta de ningún personaje.

¡Qué pocos caracteres tan completos como el de Anselmo Lorenzo produce ya la tierra española!

E. Barriobero

Sabio y bueno

Vivimos en una sociedad egoísta, metalizada y corrompida, donde a pocos hombres es dable conservarse puros. Muchos son —relativamente, claro está— los que en la juventud, cuando todo se ve a través de un prisma rosado, cuando al contacto con la impura realidad todavía no se ha manchado el alma, cuando el porvenir sonríe y el optimismo y la esperanza animan... muchos son, digo, los que sienten amores por la Justicia y la Libertad, y aun se proponen ser eternos paladines suyos. Pero en los más fracasan a seguida los loables deseos. No tardan en ver que en esta sociedad no se puede medrar siendo defensor de causas nobles, sino que, por el contrario, el serlo expone a serios contratiempos y sañudas persecuciones de los poderosos, y dejándose arrastrar por sus pasiones, por sus ambiciones, por sus egoísmos, y puesta sólo la mira en sus particulares intereses, claudican vergonzosamente. Y otros, más dignos, no claudican, pero desalentados, ganados por el pesimismo, abandonan pronto la lucha, caen rendidos cuando todavía poseen suficientes energías —excepto la voluntad— para poder continuar peleando por el triunfo de los ideales que han de redimir a la especie humana.

La Humanidad cuenta sólo con un exiguo número de grandes hombres. Los sabios y los santos no abundan, en verdad. Más que la sabiduría y la bondad, hállanse extendidas entre los hombres la maldad y la ignorancia. La sociedad en que vivimos no es la más a propósito para que los hombres sean buenos y cultos. Las condiciones políticas y económicas resultan excesivamente duras para la mayoría de los individuos, y éstos, en continua y ruda lucha por la vida, lucha capaz de endurecer los corazones mejor predispuestos a la piedad, no tienen tiempo, ni humor, ni medios para estudiar, y menos cualidades para dedicarse a apostolados humanitarios.

No, no es extraño que existan pocos hombres sabios y buenos. Lo raro sería que los hubiera en una sociedad tan inhumana, tan odiosa, tan repugnante como esta. Aquí se premia al malo y se castiga al bueno. Aquí la virtud es escarnecida y enaltecido el vicio. Aquí al bueno se le llama tonto y se le desprecia y al granuja se le colma de riquezas y honores. Aquí triunfan los canallas, los que se arrastran, los que no saben qué cosa es dignidad, los que no tienen vergüenza, los aduladores de los encumbrados. Aquí los inteligentes, los sabios, los íntegros, los honrados, los dignos y buenos, sufren injusticias, vejaciones, miseria y hambre, y encima el desdén de la canalla dorada y la indiferencia o el desprecio también de los de abajo.

Rodéanos un ambiente corrupto que envenena las almas; habitamos un mundo miserable donde los buenos se vuelven malos y los malos peores. En semejante medio social es difícil hallar individuos desinteresados, generosos, altruistas. El egoísmo predomina en los hombres; los intereses personales solicitan a todos. Pocos hay que se preocupen del bienestar de los demás. Eso del amor al prójimo es uno de tantos tópicos de que se usa y abusa, una de las frases más huecas que existen. ¡Qué pocos son los que dedican su vida a un ideal, los que por sus semejantes se sacrifican! Sólo de raro en raro se ofrece a nuestra admiración algún grande hombre, alguno de esos hombres de alta talla intelectual y de elevación sublime de espíritu, de inmenso corazón abrasado en amor hacia

sus semejantes; de esos hombres que Natura ha engendrado siempre con tan poca prodigalidad...

Anselmo Lorenzo era —la pluma se resiste a escribir el pretérito «era» en vez del presente «es»—; Anselmo Lorenzo era uno de estos escasos ejemplares que son honra y prez de nuestra especie. Con su talento y su voluntad hubiera llegado, de habérselo propuesto, a los sitios más ambicionados de la escala social. ¡Cuántos de origen tan modesto y con menos méritos disfrutaban en la sociedad burguesa de grandes honores y privilegios! Pero a Lorenzo nunca le deslumbraron las vanidades y riquezas de este mundo ruin y despreciable. Sencillo y modesto, digno y amante de sus hermanos los desheredados, a ellos consagró entera su larga existencia, sin buscar ni querer más honra ni más provecho que la satisfacción del deber cumplido.

Desde muy joven se dedicó con entusiasmo y energía sin igual a defender la causa del proletariado. Más de medio siglo luchó por su ideal, sin que las persecuciones de las autoridades, las defecciones de los amigos y la apatía de la masa obrera lograran abatir su ánimo. Convencido de la bondad de sus doctrinas, todo lo supeditó a propagarlas entre los trabajadores, a defenderlas de los ataques de sus adversarios, a procurar que triunfasen. Lo demás poco le importaba, Toda su voluntad, toda su inteligencia estaban al servicio del ideal amado. Fué un luchador infatigable. Viejo y achacoso, continuó en la brecha hasta que rindió su tributo a la muerte, animoso y firme hasta el último momento, como en los felices días de la mocedad. Los años habían conseguido quebrantar su cuerpo, pero su espíritu gozaba de eterna juventud.

Con la desaparición de Lorenzo los trabajadores españoles han perdido su más constante, activo y abnegado defensor. Lorenzo les dió todo y jamás les pidió nada. Fué sabio y bueno. Era honrado, vivió con penuria y murió pobre. Decir que vivió y murió pobre es el mejor elogio que en una sociedad tan egoísta como esta se puede hacer de un hombre de tanto valer como él. Si los trabajadores fuesen más ilustrados y reflexivos, comprenderían que sólo los hombres como Lorenzo son sus verdaderos defensores, y no se dejarían embaucar por los charlatanes que con pretexto de redimirlos, se sirven de ellos para conseguir satisfacer sus ambiciones. ¡Cuándo aprenderán los obreros a distinguir entre los falsos redentores y los que salen a su defensa por espíritu de amor y de justicia!...

José Chueca



A la memoria de Lorenzo

A tí, bueno entre los mejores; el que durante medio siglo fuiste el propagandista y portavoz de la verdad; el que siempre y en todo momento fuiste faro brillante que iluminaste la mente de innumerables parias desheredados de la fortuna; tú, que supiste mantener incólume una honradez acrisolada hasta el último momento de tu existencia, a pesar de la «pestilente charca» de que estamos rodeados, ¿por que no he de honrarte si honrándote me honro?

Tú, el que a pesar de las muchas persecuciones de que fuiste objeto por parte de tiranos y de chupópteros de la sociedad, no has cedido ni un ápice en la norma de conducta que te trazaste desde joven; a tí, espíritu fuerte y voluntad indomable puestos al servicio del mejora-